

LA MORADA OCULTA DE LA DIRIGENCIA SINDICAL. UN ANÁLISIS DEL GÉNERO, EL TRABAJO Y LAS EMOCIONES EN LAS SUBJETIVIDADES POLÍTICAS DE LA CLASE OBRERA

UNION LEADERSHIP'S HIDDEN ABODE. GENDER, LABOR, AND EMOTIONS
ANALYSIS OF THE WORKING CLASS'S POLITICAL SUBJECTIVITIES

A MORADA OCULTA DA LIDERANÇA SINDICAL: UMA ANÁLISE DE GÉNERO,
TRABALHO E EMOÇÕES NAS SUBJETIVIDADES POLÍTICAS DA CLASSE
TRABALHADORA

Fernanda Gandolfi

Universidad de Buenos Aires. fer.gandolfi@gmail.com. ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-4683-0072>

Recibido: 19/06/2025 | Aceptado: 26/09/2025

Resumen: Este trabajo parte de una etnografía realizada con militantes sindicales de la industria de la construcción en la ciudad de Montevideo, Uruguay. Se analizan los discursos, las producciones simbólicas y las emociones en torno a la presencia femenina en el ámbito sindical, laboral y doméstico, y cómo actualmente se produce género en función de dichos universos en el contexto de la clase obrera. Se examina también, cómo impactan estos ámbitos en las subjetividades políticas de los militantes, entendiendo que el trabajo reproductivo realizado por las mujeres resulta invisible para los varones que comparten la vida con ellas. Mientras tanto ellas, si bien lo visualizan, también lo subvaloran en relación con el trabajo remunerado y la política sindical que ponderan como dignificante.

Palabras clave: sindicalismo; trabajo reproductivo; masculinidades; clase obrera.

Abstract: This study is grounded in an ethnographic investigation conducted with trade union activists from the construction industry in Montevideo, Uruguay. It explores the discourses, symbolic productions, and emotional dynamics surrounding the presence of women within union, labor, and domestic spheres, and examines how gender is currently constituted across these domains within the context of the working class. The analysis further considers the impact of these spheres on the political subjectivities of the activists, highlighting how reproductive labor performed by women often remains invisible to the men with whom they share their lives. At the same time, although women recognize this labor, they also tend to undervalue it in comparison to paid employment and union politics, which are perceived as conferring dignity.

Keywords: trade unionism; reproductive labor; masculinities; working class.

Resumo: Este trabalho parte de uma etnografia realizada com militantes sindicais da indústria da construção na cidade de Montevideu, Uruguai. Analisam-se os discursos, as produções simbólicas e as emoções em torno da presença feminina no âmbito sindical, laboral e doméstico, e como atualmente se produz gênero a partir desses universos no contexto da classe trabalhadora. Examina-se também como esses âmbitos impactam nas subjetividades políticas dos e das militantes, entendendo que o trabalho reprodutivo realizado pelas mulheres resulta invisível para os homens que compartilham a vida com elas. Enquanto isso, elas, embora o percebam, também o subvalorizam em relação ao trabalho remunerado e à política sindical, que consideram dignificante.

Palavras-chave: sindicalismo; trabalho reprodutivo; masculinidades; classe trabalhadora.

Introducción

Este artículo analiza las experiencias del trabajo reproductivo y de sostenibilidad de la vida desarrollado por mujeres que son parejas de dirigentes sindicales en Montevideo, Uruguay. Se busca reflexionar además sobre el lugar que adquieren ellas en el ámbito público cuando son las que encaran esas dirigencias.

En el marco de una etnografía realizada con militantes sindicales de la industria de la construcción, este trabajo examina las producciones simbólicas en torno al ámbito público y privado, así como productivo y reproductivo en sus experiencias vitales. Se explora el modo en que impactan estos ámbitos en las subjetividades políticas de los militantes, en el entendido de que la escisión entre lo privado y lo público tiene grietas e intersticios permanentes.

La etnografía mencionada transcurrió entre los años 2020 y 2022 y tuvo el objetivo de examinar la construcción de masculinidades en el ámbito de la militancia sindical de trabajadores de la construcción en la ciudad de Montevideo, Uruguay. El propósito fue comprender la producción de subjetividades y performances masculinas de varones adultos a través de sus trayectorias de militancia sindical, partiendo de entender al género y la clase como categorías analíticas indisociables.

El universo de estudio estuvo conformado principalmente por varones que son obreros de la construcción y militantes sindicales en el Sindicato Único de la Construcción y Anexos (SUNCA), además de ser afiliados al Partido Comunista del Uruguay (PCU); también por algunas mujeres militantes sindicales o del PCU, que son sus parejas o compañeras de militancia en el sindicato. Todas son personas adultas que rondan entre los 30 y los 55 años aproximadamente.

Me propuse identificar los modos en que la experiencia de clase y las relaciones de género se configuran de forma entrelazada para la construcción de subjetividades políticas y liderazgos sindicales; a la vez que describir y examinar las relaciones intramasculinas y cómo estas se conjugan con los procesos de construcción de la identidad política colectiva y los estilos de militancia. Para eso, desarrollé una estrategia metodológica en la que principalmente establecí un relacionamiento estrecho con tres interlocutores que eran dirigentes del sindicato, y con la pareja mujer de uno de ellos. Además, durante los meses de mayo, junio y julio de 2020 realicé observación participante en la brigada solidaria Agustín Pedroza en la que el sindicato lleva adelante tareas de construcción en barrios periféricos a familias que lo necesitan.

Hice entrevistas en profundidad a otros integrantes del universo de estudio: dirigentes zonales, integrante de la secretaría general y referente de la comisión de género, de discapacidad. Asimismo, analicé algunas de las estrategias comunicacionales y de propaganda política del sindicato en redes sociales, como comunicados oficiales y apariciones en medios de prensa.

La perspectiva teórica de este trabajo parte de entender a la masculinidad como herramienta analítica y categoría teórica que se asume como el signifiante «sin marca» de las relaciones de

género (Connell, 2005/2019). Es decir, en la oposición simbólica de masculinidad y feminidad, la masculinidad se constituye como el significante sin marca que se configura como la autoridad simbólica. Asimismo, se hace necesario reconocer que la relevancia que ha tenido la clase como categoría analítica pueden derivarse en parte del carácter masculino que ha tenido, pero en gran parte no reconocido de la clase (Morgan, 2005). Este carácter aparentemente «invisible» de la masculinidad reproduce esta idea del género sin marca y de una clase obrera «sin género». Por eso, el objetivo de este artículo es analizar la experiencia de quienes fueron mis interlocutores,¹ en términos de *generizar* la clase y de *clasear* el género (Kergoat, 2010).

Proveeduría y productividad: los enclaves simbólicos del trabajo masculino

En primer lugar, me propongo describir algunos aspectos de la subjetividad política de estos sujetos para que el análisis de la construcción de sus dirigencias sindicales sea más claro respecto del entramado familiar e íntimo que lo sostiene. La elección del término «clase obrera» se sustenta en el hecho de ser una categoría nativa (se autodenominan de ese modo). Sus identidades políticas se constituyen bajo los términos de clase trabajadora, así como de clase obrera y sus reivindicaciones se inscriben en la lucha de clases. También es necesario enmarcar el término *clase obrera* en la tradición teórica heredera de los estudios de Edward Thompson (1963/2012). En dicha tradición puede entenderse a la experiencia de clase como una construcción, es decir, como las posibilidades y condiciones de transformación de las clases en actores políticos. Lo interesante es comprender la variedad de formas en que la clase obrera como sujeto político ha formulado su identidad en relación con el resto de la sociedad, y que repertorios toma para hacerlo.

Hablar de la subjetivación política en torno al sindicalismo nos obliga a comprender ciertas claves sobre el mundo del trabajo y su impacto en la subjetividad moderna. Como afirma Kathi Weeks (2020) el papel extraeconómico del trabajo es esencial para entender la función de subjetivación que esta actividad posee. El trabajo como un lugar de generización (gendering) implica la producción de género a través de su performance y su recreación. Como afirma la autora: «el género se recrea junto con el valor» (p. 27) a través del establecimiento de identidades jerarquizadas en donde los trabajadores utilizan códigos y guiones generizados. La división sexual del trabajo impone, además de un reparto social de las actividades según el género, procesos de sexualización imbuidos y confeccionados en el trabajo y sus diversas técnicas conformando género en los espacios de reproducción y producción social (Goren y Prieto, 2020).

¹ A lo largo del trabajo utilizaré un lenguaje inclusivo en relación con el género. En general usaré la letra *e* como morfema para incluir a todos los géneros. En otras ocasiones y según la redacción del texto lo amerite, usaré la letra *o* para una lectura que permita mayor fluidez.

A partir de los setenta, estos planteos implicaron una revisión de los postulados marxistas a la luz de los argumentos feministas que resignificaron la categoría del trabajo. A mediados de la mencionada década, algunas feministas del norte global desarrollaron fuertes críticas a la naturalización e invisibilización que desde el marxismo se hacía sobre el trabajo doméstico y la reproducción, como la «morada oculta» de los procesos de producción capitalista (Fraser, 2014; Gago, 2019). La campaña «Salario para el trabajo doméstico» tuvo lugar en Nueva York como organización feminista autónoma y se movilizó para exigir que el Estado pagase un salario por lo que para ellas era un trabajo no remunerado (Federici y Austin, 2019). Los postulados y las reflexiones que allí se sucedieron contribuyeron fuertemente al desarrollo de una teoría marxista-feminista. Fueron análisis hechos desde una perspectiva marxista justamente porque reivindicaron el uso de Marx y el abordaje del materialismo histórico, pero con el fin de adherirle aquello que Marx no observó: la subordinación capitalista del trabajo doméstico y la reproducción de la fuerza de trabajo a la producción de mercancías (Federici, 2018; Federici y Austin, 2019). Sin embargo, esta campaña también encontró algunas tensiones por parte de feministas negras que entendían que esta reivindicación colocaba a las mujeres dentro de una clase específica de la fuerza de trabajo explotada por el capitalismo (Davis, 1981/2005, p. 231). Como fue señalado por Angela Davis (1981/2005), la separación de la economía doméstica y la economía pública no convierte al trabajo doméstico en un elemento integrante de la producción capitalista, es más bien una precondition misma para su existencia; es algo que tiene lugar por fuera del proceso de trabajo en tanto conservación de la existencia humana.

Es evidente que las masculinidades también se ven trastocadas por estos planteos. En este sentido, debemos comprender la estrecha relación que tiene la masculinidad con el mundo del trabajo productivo y con la esfera pública de la vida, y puntualmente aquellas subjetividades masculinas que habitan el universo del trabajo y sindicalismo industrial.

Como afirma Connell (2005/2019), a fines del siglo XIX el rechazo del ingreso femenino a la industria pesada fue clave en el desarrollo de una masculinidad obrera que se sustentaba en la proveeduría económica de un sujeto asalariado, a la vez que fundamentaba la ideología de las «esferas separadas», es decir: la esfera doméstica y la esfera pública como universos divididos. El mundo de la fábrica profundizó la división entre casa y trabajo y produjo una masculinidad organizada en torno a la capacidad de obtener salario que se identificó con «las habilidades mecánicas, el patriarcado doméstico y la solidaridad combativa de los asalariados» (Connell, 2005/2019, p. 237). Sin embargo, también es cierto que, como han advertido los feminismos negros, principalmente Angela Davis (1981/2005) para el caso de la sociedad estadounidense, la figura de la ama de casa durante el siglo XIX comenzaba a reflejar una realidad socioeconómica de la que gozaban las clases medias emergentes. Las mujeres blancas que manejaban maquinaria

en las fábricas, así como las mujeres negras que trabajaban bajo el sistema esclavista echan por tierra el carácter universal de la figura femenina de la ama de casa.

A propósito, la comparación entre el significado de ese sostén físico de obreros varones, y la bestialización de ciertos cuerpos femeninos trabajadores es analizado por Mariana Gómez (2010). A partir de documentos históricos sobre el trabajo de mujeres indígenas chaqueñas en los ingenios, la autora muestra cómo para los hombres blancos la fuerza y vigorosidad corporal de los varones indígenas, demostraban sus habilidades como cazadores y guerreros. Lo cual, a pesar de la subordinación que los caracterizaba, los posicionaba como hombres con salud y una heroicidad viril, que después de todo los blancos también admiraban. En el caso de las mujeres, esa misma destreza las convertía en bestias de carga o esclavas de sus maridos, y con una posición más cercana al salvajismo y la animalidad.

Connell (2005/2019) señala la dimensión irreductiblemente corporal que tienen la práctica y la experiencia, y que permite afirmar cómo el trabajo manual, pesado y de resistencia implica grados de insensibilidad y rudeza. Asimismo, el énfasis que tiene la masculinidad en el trabajo industrial es, según la autora, un modo de resistencia frente a las relaciones de explotación a la vez que una forma de reforzar la dominación sobre las mujeres. La capacidad corporal de los obreros deviene entonces en un activo económico que, ante la hipermodernización y alteraciones tecnológicas del mundo del trabajo, los hace definirse cada vez más únicamente por su fuerza física.

Para los militantes del SUNCA, la vivencia de organización, movilización y reflexión colectiva va dando lugar a la clase como experiencia esencialmente formativa. La masculinidad aparece subsumida a la identidad de trabajador, que, mediante la épica del conflicto y la lucha, le proporciona al movimiento sindical recursos reivindicativos dotados de prestigio y legitimidad (Gandolfi, 2022, 2025). A su vez, son aspectos en los que el género se reafirma a través del espacio que lo enmarca, caracterizado por una homosociabilidad que refuerza pautas de vinculación masculinas.

El trabajo productivo, la proveeduría y el ámbito público en las experiencias de estos varones forman parte central de sus subjetividades políticas y sus masculinidades. Son aspectos que confeccionan al género como un dispositivo que entabla una red entretejida de territorios y discursos que estratégicamente sostienen divisiones entre lo privado y público y entre trabajo productivo/asalariado y reproductivo/no pago. De esta forma, el género se produce en los sujetos también en la medida en que habitan dichos espacios.

Desde una perspectiva experiencial de la corporalidad en la que se entiende al cuerpo como la subjetividad encarnada de la persona, el propio trabajo manual y de fuerza física aparece como moldeador del «aguante» y el «combate» transmutado en la militancia política. En ese sentido, la calidad de trabajador es indispensable para constituirse como clase obrera en el marco de la alteridad interna de los sectores populares. La clase trabajadora se constituye a partir de operaciones

de diferenciación y contraste con respecto a sectores de mayor subordinación que no poseerían una «ética del trabajo». Sin embargo, ese contraste no basta para definirse como clase obrera. La adquisición de conciencia, la solidaridad, la formación política permiten trascender el mero acto de trabajar, en este caso en la industria pesada que además implicaría «solamente» al cuerpo.

El trabajo manual adquiere valor simbólico en tanto no aparezca acompañado de una indiferencia o marginalidad política, y de esta forma el liderazgo masculino se confecciona mediante la adquisición de una capacidad intelectual que alimenta el carisma necesario para la dirigencia. Las dinámicas de los mercados laborales contemporáneos hacen que al menos en las clases medias ya no sea necesario el trabajo manual como prueba de virilidad. La asociación de masculinidad a la de cuerpo-máquina adquiere más valor cuando lo que se pone a funcionar es la parte «mental» de ese cuerpo. En ese sentido, el trabajo manual de estos obreros es valioso en tanto es trascendido mediante capacidades intelectuales destinadas a la acción política.

Las implicancias femeninas de la sostenibilidad invisible

Sobre fines de 2019 conocí y me reuní con Natalia,² en ese momento referente de la Comisión de Género del sindicato y referente de organización frente al PIT-CNT. Le conté en qué consistía la etnografía que quería realizar y que tenía intenciones de conocer, en la medida de lo posible, las vidas familiares de algunos dirigentes, por lo tanto, a sus parejas si las hubiere. La respuesta de Natalia me quedó resonando: «Eso está bueno porque hay muchas compañeras celosas. Nosotros siempre decimos que hay familias *sunqueras* y familias no *sunqueras*». Se refería a aquellas familias que se pliegan a las actividades de militancia sindical del compañero y a aquellas que no lo hacen.

A medida que me adentraba en el universo de mis interlocutores, me daba cuenta de que la dedicación de tiempo que hacen estos varones al trabajar en sus dirigencias sindicales tiene retribuciones personales, así como validaciones en el ámbito familiar. Es decir, haberse convertido en un dirigente y tener que cuidar dicho rol y trabajar por la sostenibilidad de ese papel adquirido es, en muchos casos, legitimado por las *familias sunqueras*, como diría Natalia. Esa legitimación no significa necesariamente que esas familias —me refiero sobre todo a sus parejas mujeres— estén del todo conformes y cómodas con el tiempo que este varón destina a ello, pero lo entienden como una tarea valiosa e incuestionable, o cuestionable en menor medida que otras actividades, sobre todo las realizadas por las mujeres por fuera del hogar, como las de algunas dirigentes, incluida la propia Natalia.

El ingreso de las mujeres a la vida pública encuentra resistencias en los propios ámbitos en los que desean insertarse, así como en la imposibilidad de abandonar el rol de sostenedoras de

2

Los nombres de mis interlocutores han sido cambiados por seudónimos para preservar el anonimato.

la vida. Algunos relevamientos sobre la entrada de las mujeres en el mundo sindical ya daban cuenta la hostilidad que en la década de los ochenta vivían algunas militantes en el ámbito de las demandas laborales (Godinho-Delgado, 1990). La autora refiere a dicha década como la que permite identificar las contradicciones entre un sindicalismo progresista y combativo y el intento de reducir las discriminaciones de género en el mundo del trabajo en el contexto latinoamericano. Asimismo, señala que es sobre los noventa que las mujeres del movimiento sindical comienzan a poner sobre la mesa las dificultades asociadas a lo varonil del ámbito. Detalla ítems que identifican un patrón masculino de hacer política como «la competencia, el cónclave, la agresividad, el lenguaje duro e impersonal, la separación entre cuestiones personales y afectivas, la dicotomía entre militancia y vida personal, el desprecio hacia la cuestión de la mujer» (Godinho-Delgado, 1990, p. 123), y la necesidad de algunas mujeres de comulgar con estos códigos para hacerse espacio en el movimiento.

Tal como argumenta Rigat-Pflaum (2008), el hecho de que las cualidades para ejercer el liderazgo sindical coincidan, no por casualidad, con las características culturalmente aceptadas de los varones, supone la probabilidad de que las mujeres con acceso a este liderazgo puedan adoptarlas. La autora enumera la seguridad, la voluntad, el poder de lucha, la negociación cara a cara, la confrontación y la retórica como algunos de esos elementos.

Cuando entrevisté a Natalia, quien ha estado en los consejos de salarios y las rondas de negociación entre el sindicato y los empresarios, me contó que en ese momento era la única mujer de ambas partes. Su visión sobre esos espacios difería un poco de la de Sebastián, uno de los dirigentes con quien compartí muchas conversaciones y entrevistas. En su momento él me había expresado que los empresarios le tenían mucho respeto al SUNCA, y que en general las negociaciones se daban en buenos términos. Para Natalia, el menosprecio de parte de los empresarios hacia ellos es notorio, no solo en tanto clase trabajadora, sino hacia las mujeres en tanto género. El ámbito empresarial es para ella un terreno en el que «están acostumbrados a que la mujer sea la secretaria y la administrativa». Federico, un dirigente con fuerte peso dentro del sindicato, es, además de compañero de militancia, pareja de Natalia. En relación con ese vínculo, Natalia me contaba que los empresarios en ocasiones se han «pasado de la raya con chistes boludos» referidos al género. Me explicaba, además, que no es ella quien les contesta, sino sus compañeros:

N: Federico también está en el consejo de salarios, entonces dicen cosas por ejemplo como: «¡Ahhh tu mujer!» O cosas así ¿viste? como «¡ahhh, tu mujer no te deja!» Y yo estoy ahí. Nosotros con Federico sabemos separar la militancia de la pareja. Vos nunca nos vas a ver a nosotros acá haciendo cosas de novios o de pareja, somos compañeros. El que sabe que somos pareja es porque sabe, pero nunca hicimos, ni siquiera en esos ámbitos de negociación, ningún comentario de nada. Pero ellos siempre quisieron dejar marcado eso.

F: Pero ¿tus compañeros te dicen a vos: «dejá que yo contesto, no te calientes»? ¿Como para cuidarte?

N: Sí, claro. Lo tengo claro, yo sé que es para cuidarme, sí, sí, lo tengo claro. Sí, es más, en una no sé qué fue algo que dijo uno de los empresarios y Gustavo [otro dirigente] me hizo «¡sh!», y yo dije: «¡Yo no soy gallina!» Entonces ta, yo me enojé, pero ta, tenía razón, yo no tenía por qué contestarle, le contestó él. Tenía razón, después me decía: «Ta, no, entendé que no te quise hacer callar, pero ya te vi la reacción», y fue para que yo no contestara... Pero está bien lo que hizo, yo después entendí. Después con el tiempo entendí que no era yo, que esas cosas no las tengo que contestar yo, las contestan ellos (Natalia, comunicación personal, noviembre de 2020).

Es probable que la mirada de Natalia difiera de la de Sebastián en la medida en que su experiencia como única mujer allí, la marca como signo, e incluso le impide ser ella quien conteste las agresiones. Para bien o para mal, las mujeres en los ámbitos de homosociabilidad somos un signo ineludible al que hacer referencia. Somos convertidas en signo, aunque seamos —como toda persona— productoras de signos (Lévi-Strauss, 1969). Se actúa frente a nosotras y se nos trata como mujeres más que como personas, se lee nuestro género con anterioridad a cualquier otro aspecto de nuestra personalidad, como el término que sí tiene marca.

La idea del ámbito público bajo una concepción masculinista y burguesa, pero que se enuncia como democrática y liberal, representa aquellos sitios deliberativos en los que las desigualdades de los interlocutores se ponen entre paréntesis, pero nunca se eliminan (Fraser, 1993). Por más que su participación allí esté más que legitimada, las interacciones sociales por sí solas son ilustrativas de lo poco genuina que resulta esa paridad. Al no existir una frontera natural establecida de forma previa entre lo íntimo y lo político, las controversias discursivas en esos ámbitos de negociación hacen que «privado» y «público» se tornen retóricas utilizadas para desvalorizar ciertos temas y ponderar otros. Hay dos sentidos de la privacidad que Fraser (1993) destaca como ideologías que tienden a limitar la frontera de lo público: uno es el sentido de la propiedad privada en la vida de mercado, y otro es la vida íntima, doméstica, personal y sexual. Mientras la retórica de la vida íntima familiariza y personaliza ciertos temas, la retórica de la privacidad económica también excluye otros al economizarlos. Encerrar estos asuntos en sí mismos al inhabilitarlos como intereses comunes funciona como ventaja de los grupos dominantes y desventaja de los subordinados. Fraser dirá:

Aún después de que las mujeres y los trabajadores han sido formalmente aceptados para participar, su participación puede ser obstruida por concepciones de privacidad económica y privacidad doméstica que delimitan el campo de acción del debate. Estas nociones, por lo tanto, son vehículos por medio de los cuales las desventajas de género y clase pueden seguir operando sub-textual e informalmente aún después de que las restricciones explícitas y formales han sido rescindidas (p. 52).

Aun cuando desde el punto de vista formal, la participación de las mujeres no esté impedida, en la práctica Natalia sabe de las dificultades y resistencias que el ámbito empresarial ha impuesto para que esos ingresos no sean efectivos ni legitimados. Son sus compañeros quienes han luchado para que esa situación se dé. En ese sentido, el agradecimiento hacia ellos se traduce en concederles la palabra como voz autorizada para contestar agravios en mesas de negociación, porque además menciona:

Lo que tienen mis compañeros, que una aprende también de eso, es que son muy, muy hábiles declarantes, entonces cuando tienen que contestar las cosas las contestan con mucha altura (Natalia, comunicación personal, noviembre de 2020).

Sin embargo, su agradecimiento no está exento de hacerles entender qué implica asumirse feministas como sindicato, y qué consecuencias tiene el machismo, incluso para ellos mismos en relación con la reproducción de estereotipos y estigmas de clase:

Si yo estoy en la industria es por las peleas que dan ellos, porque hoy el sector empresarial no nos quiere [a las mujeres] y si no hay muchas, es porque en la industria no había mujeres. Entonces hoy si tenemos convenios colectivos en donde ganamos la pelea, si hoy hay una ley de mano de obra local es porque dan ellos la pelea, entonces si hoy hay mujeres en la industria es por la pelea que dan los trabajadores, entonces yo lo primero que hago es agradecer, y también lo que les digo es que el SUNCA es feminista, y les digo que ser feminista no es lo inverso a ser machista, no es dicotomía con ser machista, entonces les explico lo que significa ser feminista y lo que significa ser machista, que son cosas distintas, que no son contrarios. Entonces se quedan escuchando viste, y les explicábamos lo que era el acoso callejero y también la estigmatización que hay sobre el trabajador de la construcción, que en realidad el acoso callejero lo hace uno de corbata o lo hacen hombres en la calle, no solamente los trabajadores de la construcción (Natalia, comunicación personal, noviembre de 2020).

Natalia tiene muy claro que no es a través del ataque que debe explicarles a sus compañeros las implicancias de una perspectiva feminista. Entre otras cosas porque la solidaridad de clase le ha mostrado que sus derechos obtenidos se lograron gracias a la lucha colectiva, que sus compañeros le han enseñado. Natalia nunca había militado antes de llegar al sindicato; con ellos aprendió todo lo que sabe hoy y adquirió un capital político que le posibilitó ver la importancia de «formar» clase. Al principio le costó comprender la idea del paro como herramienta de lucha por la pérdida de salario que implicaba:

Yo era mamá sola con dos niños, mi primera reacción fue: no yo tomar medidas, parar y eso no, porque como que yo lo veía como que si yo paraba iba a perder horas salario y eso entonces no, tenía que pagar cuentas. Y acá me dijeron 'no compañera usted no lo puede ver como pérdida, tenemos que pelear. O sea, me dieron una patada de realidad (Natalia, comunicación personal, noviembre de 2020).

Había tenido una separación conflictiva a partir de la cual se quedó a cargo de sus hijos y se volvieron muy dependientes de la madre de ella, que los ayudó:

Éramos dependientes primero del padre [de sus hijos], después de mi vieja, entonces pasamos a ser dependientes de nosotros tres. ¡Y pasamos a ser independientes los tres! ¡Y nos gustó ser independientes! (Natalia, comunicación personal, noviembre de 2020).

Cuidar y mantener económicamente a sus hijos fue una barrera para Natalia en un principio, para su incorporación a la vida sindical. Si bien eso no es invisible para ella, sí aparece como un impedimento que logró sortear a fuerza de adquirir conciencia de clase gracias a sus compañeros. En ese sentido, la proveeduría económica en su configuración familiar —al tener que mantener a sus hijos— producía su «marginalidad política». Por eso la configuración del trabajo y la proveeduría inciden de forma considerable en las subjetividades de género cuando los cuidados son absoluta responsabilidad de las mujeres.

En la década del setenta se inicia un incremento de miradas feministas hacia la economía que, mediante la crítica a los paradigmas y escuelas más tradicionales, van a cuestionar varias concepciones de la tradición neoclásica de tal disciplina. Son perspectivas que permiten comprender la interrelación entre las relaciones económicas y las relaciones de género. Cristina Carrasco Bengoa (2006) plantea que es en el marco de la economía feminista de corte más rupturista que se ha gestado el concepto de *sostenibilidad de la vida humana*, en un intento por trascender las estructuras dicotómicas de pensamiento dualista. Es una noción que permite analizar cómo se estructuran los tiempos de trabajo y vida de los distintos sectores de la población. El planteo central es que, aunque el proceso de industrialización y el desarrollo de la economía capitalista lo vuelvan invisible, o planteen alternativas sustitutivas estatales o de mercado, la función básica de los hogares como centros de gestión, organización y cuidado de la vida no se han alterado.

Carrasco Bengoa (2003) plantea dos dimensiones en las que pueden entenderse las necesidades humanas: la objetiva que incluiría la supervivencia física o biológica mediante el alimento, el abrigo, la salud; y la subjetiva que incluiría los afectos, el cuidado, la seguridad psicológica y la creación de lazos humanos. La dimensión subjetiva es tan básica como la objetiva, y es además un terreno en el que los aspectos afectivo-relacionales no son tan fácilmente separables de la actividad misma, por lo cual tampoco es totalmente sustituible en el mercado o, lo que es igual, pasible de ser monetizada por completo. En ese sentido, los discursos de varones y mujeres en este contexto difieren en sus relatos, en relación con el lugar que esa dimensión ocupa en sus vidas.

La *patada de realidad* que le dieron sus compañeros (al explicarle que debía pelear y dejar de *ver como pérdida* las medidas de lucha) reafirma la apreciación subordinada que tiene «la mano invisible de la vida cotidiana» (Carrasco Bengoa, 2003) como fenómeno que no goza del mismo reconocimiento social que su dorso visible de la vida pública, política y productiva. Para Natalia,

como para muchas mujeres en este universo y otros, las implicancias de adherirse a la lucha política o incluso de salir a trabajar, tienen un peso considerable a la hora de tomar decisiones que pueden afectar a sus hijes, y menciona: «¿También la culpa, no? Nosotras mismas nos sentimos culpables. Me costó muchísimo. Pero es un mundo, descubrí un mundo, y me gustó, y me hizo sentir bien». De hecho, a Natalia le costó hacerle entender a su familia por qué militaba en el sindicato cuando comenzó a hacerlo. Para ella, salir al mercado laboral remunerado fue «conocer otro mundo», y eso le costó tener que dar explicaciones a su entorno:

Yo creo que les costaba porque soy mujer. Yo lo que yo veo es que, al resto del mundo, a los varones nadie les cuestiona por qué militan. Ni el resto del mundo, ni en sus familias, no está esa cuestión de qué vas a hacer. Capaz que cuando militan muchas horas capaz que sí, porque estás muchas horas fuera de casa, pero no se los cuestiona. O si van a jugar al fútbol o si van a cualquier lado. (Fragmento de entrevista a Natalia, noviembre de 2020).

Cuando Antonio, uno de mis interlocutores, me contó que habían tenido una pelea con su pareja, Mariana, a quien yo también conocía, me utilizó como ejemplo para contrastar la trayectoria educativo-laboral de Mariana con la mía. Para Antonio, que deseaba recomponer las cosas con ella, el problema de la ruptura estaba vinculado a la falta de trabajo de Mariana, y me relataba la conversación que había tenido con ella:

Incluso me decía [Mariana a él], a mí me hubiese gustado hacer como Fernanda, que ella estudia. Pero le digo, mirá, negra, yo te conocí con 28 años y vos desde los 13..., pero ahora vos no me podés echar la culpa por cosas que yo no estuve en tu vida, porque vos de los 13 a los 26, o sea 13 años, mejor dicho, ¿estuviste saliendo y de joda! Iba a los boliches allá, ella misma me lo contó, ¿no? Entonces vos todo ese tiempo que era para estudiar no lo aprovechaste, entonces ahora no podés reclamarme de que no tenés estudios y que no conseguís trabajo porque esa parte de tu vida yo no estuve contigo, ¿me entendés? Si no tiene estudios ahora tiene que agarrar laburo de lo que venga. Sí, ta bien, Fernanda capaz que estudió, o está estudiando. Ella si consigue laburo, te lo digo así sinceramente, nosotros recomponemos la pareja y cambia la cosa. ¿Sabés lo que pasa? Es que yo no le puedo conseguir trabajo a ella, solamente en una obra, y el horario de la obra es extendido ¡y a ella no le sirve por los gurises! ¿Entendés? (Antonio, comunicación personal, diciembre de 2020).

Para Antonio, la privación educativa y laboral de Mariana tiene que ver con lo privado, en el sentido de sus propias decisiones. Él obvia por completo que Mariana, quien tiene dos hijos (el primero que tuvo a sus 23 y el segundo a sus 29 con Antonio), se vio privada de cierta trayectoria educativo-laboral (como la mía y la de gran parte de las mujeres de clase media acomodada que recurrimos a servicios mercantilizados de cuidado). La retórica de Antonio pierde de vista que las historias laborales de las mujeres guardan relación estrecha con sus trayectos reproductivos y familiares y con los malabares que realizan para conciliar sus propias vidas

(Faur y Tizziani, 2017) con la sostenibilidad de la vida de otros. En el marco de una sociedad en la que la sostenibilidad de la vida resulta invisibilizada, es responsabilidad de esa mujer resolver la organización familiar si desea incorporarse al mercado laboral. Cuando entrevisté a Mariana, me contó que la militancia de Antonio era un foco de conflicto en la pareja, por el tiempo que él pasaba fuera de la casa, pero que luego él fue entendiendo sus planteos e intentó reducir sus horas de militancia:

A mí me jodía un poco que no estuviera tanto en casa. Cuando no estaba conmigo era el cien por ciento dedicado a su militancia, ahora te puedo decir que es el setenta por ciento. Como que él priorizó un poquito más la familia. Dejé un poco porque yo le decía «bueno no estás nunca en casa, de noche te me vas de pintada, te me vas de reunión y entonces ¿qué clase de pareja somos?, le digo». A mí a veces me costaba pila ir por el tema de los nenes. Porque yo para dejar a los nenes tengo que pagar, yo estoy sin trabajo. Pagar a alguien que me los cuide y tener alguien de confianza, porque acá en el barrio es difícil conseguir. [...] Él me decía «vos me conociste así», y yo le decía «sí, pero vos tenés una familia ahora. Yo te puedo aguantar una reunión que vos me digas que es hasta las 8 de la noche, lo que vos quieras. Pero a mí no me gusta el hecho de que vos estés cien por ciento en la calle, tooodo el día, ya que te vas a las 5.30 de la mañana y venís a las 6 de la tarde, y después de noche que te vayas a una reunión». Y acá llega destruido, y yo con la cabeza así porque estar acá adentro encerrada, cuidando a los gurises, encargándome de la casa, oodoo encargarme de la casa, si hay una cosa que no me gusta es la rutina de la casa (Mariana, comunicación personal, noviembre de 2020).

El papel tradicional que coloca a las mujeres de sectores populares en una relación de conformidad con las tareas domésticas o la dependencia económica es desmontado a través de los relatos de Mariana y Natalia, aunque no sea desmontada la premisa por la cual los cuidados son parte de una feminidad disciplinada que se torna hegemónica en estos contextos. Para Mariana es necesario conseguir a alguien *de confianza*, lo cual muestra que no siempre es completamente mercantilizable la tarea del cuidado de personas dependientes que son seres queridos, o que al menos sería injusto equipararla a cualquier otro servicio.

La legitimidad que adquieren los varones dedicados a esta militancia y la validación de su espíritu de lucha, son procesos con un nivel de arraigo a través de los cuales se pierde de vista el estrecho margen de maniobra que poseen las mujeres de sectores populares en relación con los varones de su misma clase. Es ineludible el hecho de que en los discursos de ellas emerjan los asuntos vinculados a la sostenibilidad de la vida de modo entrecruzado con sus deseos e intereses.

No obstante, en los discursos de los varones la vida familiar también es una retórica emergente, aunque lo haga desde otras aristas, como la relatada por Sebastián cuando me contaba los conflictos familiares que le provocó viajar de forma frecuente, durante los 7 años en que manejó parte de la barra de la hinchada de un cuadro de fútbol:

Y mi mujer mirá que me aguantó, porque un día yo le decía, un viernes, «mirá que me voy» y venía un lunes. Y en los laburos que yo entraba sabían que yo era de la barra, entonces cuando jugaba [el equipo] era «bueno, mirá que no vengo, me voy» (Sebastián, comunicación personal, junio de 2020).

Pero Sebastián también hace una reflexión crítica a través de la que puede desmontarse la total conformidad que sienten los varones en relación con la dedicación desmedida que le dan al ámbito público de sus vidas:

S: Porque me hice un análisis de muchas cosas y yo perdí. No culpo al sindicato y a nadie porque yo soy bastante grande y me hago responsable yo, pero perdí muchas cosas, dejé muchas cosas por el sindicato. Me descuidé. Dejé muchas horas de estar con la que era mi familia en aquel tiempo, y me trajo problemas. Y hoy en día me priorizo yo.

F: ¿Qué significa eso?

S: Y, yo por ejemplo me di cuenta, me ayudaron pa eso, ¿no? Porque fui hasta psicóloga y todo, mirá que yo no soy tan cerrado, ja ja. Fui al psicólogo porque no estaba muy bien. Pero me di cuenta que yo nunca me quise en la vida, ¿me entendés? Entonces lo que priorizo es quererme yo un poco (Sebastián, comunicación personal, agosto de 2020).

Al menos a nivel discursivo, Sebastián veía en retrospectiva el desbalance que había entre su vida pública y privada:

Y lo que sí aprendí con los años es que tenés que balancear las cosas. Yo tengo muchos compañeros que se separan porque le vuelcan todo a la militancia y poco a la familia, ¿entendés? Y a veces ta, si a vos no te interesa la familia, mejor, dejás con tu mujer. Pero si la querés y vas a volcar todo a la militancia vos sabés que la vas a perder. Tenés que balancear. Yo qué sé, yo estoy convencido que se pueden hacer las dos cosas. Hay muchos que dicen que no, que tenés que conseguirte una mujer que sea del movimiento sindical que esté contigo. Pero yo pienso que no, que se puede compartir (Sebastián, comunicación personal, junio de 2020).

La idea que circula de *conseguirse una mujer del movimiento sindical* solucionaría para muchos ese desbalance en la medida en que esas mujeres comprenderían el tiempo que los varones le dedican a la causa, porque ellas también lo hacen; aunque lo hagan a costa de procesos de conciliación siempre complejos, como Natalia. En su revisión emocional, Sebastián se daba cuenta de que ese desbalance entre el ámbito público y privado de su vida no era únicamente una cuestión de la cantidad de tiempo dedicado, sino de cómo vivía cada una de esas dimensiones, poniéndole un peso considerable a su vida pública.

Al respecto, resulta relevante entender que las disposiciones emocionales son de por sí disposiciones sociales, y que allí las jerarquías de género juegan un rol considerable al enfatizar divisiones emocionales (Illouz, 2012). Así, el ámbito público queda asociado a una racionalidad

fría que sería más confiable y objetiva, en contraposición a lo pasional, sensible y temperamental; con sus respectivas conexiones a lo masculino y femenino.

El desbalance que Sebastián detecta entre su vida pública y su vida íntima no le proporcionaba un bienestar suficiente. Sus reflexiones al respecto ponen en evidencia la emocionalidad que los varones vuelcan al mundo público. Las referencias emocionales en cada uno de los relatos aportan elementos significativos. Mientras Natalia habla de sentimientos como la culpa, la felicidad y la autonomía que le proporcionó el ingreso al mundo del trabajo remunerado y la militancia sindical, y Mariana refiere al hartazgo y hastío de su vida doméstica y de cuidados que le imposibilita trabajar; Sebastián alude a que su excesiva dedicación a la militancia hizo que descuidara su autoestima. Sin embargo, la elección de Sebastián no se debate de manera dicotómica. Él mismo cree que *se pueden compartir esos ámbitos*, aunque cuando se refiere al ámbito privado hace referencia solo a priorizarse a él. Si bien reconoce que perdió tiempo con su familia, su relato actual se centra solo en él. Del mismo modo, el relato de Antonio pone de relieve quién puede o no volcarse al trabajo remunerado (y también al político) en una familia en la que la responsabilidad de los cuidados recae únicamente en la madre.

Es necesario comprender a los varones en el marco de lo que Luciano Fabbri (2021) define como la masculinidad en tanto dispositivo extractivista. Es decir, un proyecto político productor de varones (cis) que, deseosos de jerarquía, tienen a su disposición las violencias como medios legítimos para acceder a ella. En este sentido la masculinidad se sostiene y reproduce como posición jerárquica a través de la expropiación y explotación de los tiempos, cuerpos, sexualidades, energías y capacidades de las mujeres y feminidades (p. 33). Es un dispositivo que al sostenerse en las estructuras sociales más amplias produce subjetividades generizadas, que, aunque no sean completamente autónomas y binarias, establecen jerarquías emocionales disponibles para cada género y en relación con cada ámbito de acciones.

Pensar las feminidades, masculinidades y disidencias sexogenéricas en el mundo del trabajo implica entender a esos ámbitos en términos de condicionamientos situados con territorialidades generizadas en cada uno de ellos, pero que están a su vez interconectados (Goren y Prieto, 2020). El carácter relacional de las esferas de producción y reproducción es, como hemos visto, productor de género, el género se re-crea junto con esa ficción divisoria que implica condiciones materiales y simbólicas concretas. En ese sentido, no es descabellado pensar que son espacios a los que les corresponden diferentes despliegues emocionales y afectividades habilitadas.

Reflexiones finales

Los terrenos privado y público y sus respectivos significados y prácticas, establecen separaciones y jerarquías de poder al ser parte del dispositivo de género. Son espacios que tienen delimitaciones

simbólicas, en las que, si bien se cueñan grietas e intersticios, se producen efectos materialmente concretos sobre las prácticas desarrolladas en cada uno de ellos. El ámbito sindical, como espacio público y deliberativo está trazado históricamente por la masculinidad, aunque en él se cueñan también deliberaciones del orden de lo privado e íntimo.

Los aspectos vinculados a la reproducción de la vida incluyen elementos afectivo-relacionales indisociables de las tareas mismas implicadas. Por lo tanto, varones y mujeres en este contexto les dan valores simbólicos diferenciales a la vida familiar, el cuidado de les hijes y las tareas domésticas; lo cual deriva en disposiciones emocionales diferenciadas.

El proceso de acumulación de valor de la esfera productiva está en estrecha vinculación con el carácter generizado del capital, lo cual evidencia la frecuente ausencia de los varones en el ámbito reproductivo, en donde la generación de valor permanece invisible. Los terrenos productivo y reproductivo funcionan como espacios en los que hay dilemas y afectos habilitados según códigos correspondientes. El ámbito productivo-público aparece asociado a la racionalidad, el autocontrol de emociones, lo despersonalizado; mientras que el espacio de lo reproductivo-privado se caracterizaría por el desborde emocional, la vida íntima, los aspectos sexo-afectivos, y sobre todo (y en consonancia con esos caracteres) por la presencia de las mujeres. En definitiva, cuando se realizan operaciones discursivas que delimitan estos territorios, se está garantizando la continuidad de habitarlos de un modo generizado.

Las disputas políticas de muchos de estos varones y el trabajo realizado en torno a sus liderazgos políticos, sientan sus bases sobre la disposición que poseen de tiempo y dedicación a tareas de militancia, en detrimento de los espacios familiares y a costa de la disposición del tiempo que las mujeres le dedican al terreno doméstico.

Referencias

- CARRASCO BENGUA, C. (2003). La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres? En T. M. León (Coord.), *Mujeres y trabajo: cambios impostergables* (pp. 5-25). Veraz Comunicação.
- CARRASCO BENGUA, C. (2006). La economía feminista: una apuesta por otra economía. En M. J. Vara (Coord.), *Estudios sobre género y economía* (pp. 29-62). Akal.
- CONNELL, R. (2019). *Masculinidades*. Universidad Nacional Autónoma de México. (Obra original publicada en 2005).
- DAVIS, A. (2005). *Mujeres, raza y clase*. Akal. (Obra original publicada en 1981)
- FABBRI, L. (2021). La masculinidad como dispositivo de poder. En L. Fabbri (Comp.), *La masculinidad incomodada* (pp. 27-43). Universidad Nacional de Rosario; Homo Sapiens.
- FAUR, E. y TIZZIANI, A. (2017). Mujeres y varones entre el mercado laboral y el cuidado familiar. En E. Faur (Comp.), *Mujeres y varones en la Argentina de hoy. Géneros en movimiento* (pp. 75-97). Siglo XXI.
- FEDERICI, S. (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Tinta limón.
- FEDERICI, S. y AUSTIN, A. (2019). *Salario para el Trabajo Doméstico. Comité de Nueva York 1972-1977. Historia, teoría y documentos*. Tinta Limón.

- FRASER, N. (1993). Repensar el ámbito público: una contribución a la crítica de la democracia realmente existente. *Debate Feminista*, (7), 23-58. <https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.1993.7.1640>
- FRASER, N. (2014). Tras la morada oculta de Marx. Por una concepción ampliada del capitalismo. *New Left Review*, (86), 57-76. <https://newleftreview.es/issues/86/articles/nancy-fraser-tras-la-morada-oculta-de-marx.pdf>
- GAGO, V. (2019). *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo*. Tinta Limón.
- GANDOLFI, F. (2022). La épica subalterna de la masculinidad. La performance corporal de varones militantes obreros. *Revista Uruguaya de Antropología y Etnografía*, 7(1), 102-126.
- GANDOLFI, F. (2025). De subordinado a subalterno: la ambivalencia de la negritud. La construcción de masculinidad hegemónica en varones sindicalistas y obreros de la construcción, *Masculinidades Latinoamericanas*, 12, 7-23.
- GODINHO-DELGADO, M. B. (1990). Sindicalismo, cosa de varones. *Nueva Sociedad*, (110), 119-127.
- GÓMEZ, M. (2010). «¿Bestias de carga? Fortaleza y laboriosidad femenina para el capital: la incorporación de las indígenas chaqueñas al trabajo en los ingenios». En S. Citro, S. (Coord.), *Cuerpos plurales. Antropología de y desde los cuerpos* (pp. 239-256). Biblos.
- GOREN, N. y PRIETO, V. L. (2020). Desigualdades sexogenéricas en el trabajo. Las agendas sindicales feministas. N. Goren y V. L. Prieto (Eds.), *Feminismos y sindicatos en Iberoamérica* (pp. 67-96). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- ILLOUZ, E. (2012). *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Katz.
- KERGOAT, D. (2010). Dinâmica e consubstancialidade das relações sociais. *Novos Estudos*, (86), 93-103.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1969). *Las estructuras elementales del parentesco*. Paidós.
- MORGAN, D. (2005). Class and Masculinity. En M. Kimmel, J. Hearn y R. W. Connell (Eds.), *Handbook of studies on men and masculinities* (pp. 165-177). Sage.
- RIGAT-PFLAUM, M. (2008). Los sindicatos tienen género. *Fundación Friedrich Ebert*. <https://library.fes.de/pdf-files/bueros/argentinien/o8142.pdf>
- THOMPSON, E. P. (2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Capitán Swing. (Obra original publicada en 1963)
- WEEKS, K. (2020). *El problema del trabajo. Feminismo, marxismo, políticas contra el trabajo e imaginarios más allá del trabajo*. Traficantes de Sueños.